

DON PÍO BAROJA Y PAMPLONA

Satur NAPAL LECUMBERRI
s_napal@uyahoo.es

Todos hemos sido niños, pero es seguro que a la mayoría se le borran los recuerdos de entonces y nada de aquella época se ve reflejado en sus vidas de adultos. A otros, entre los que me incluyo o quiero incluirme, se les trasluce la gran cantidad de niño que conservan a lo largo de su vida. Incluso a algunos, conforme van cumpliendo años, les asoman cosas que poseyeron en su infancia.

Don Pío, así lo veo yo, siempre fue un niño. Un niño genial, eso sí. Siempre mantuvo vivo en su alma al chico que fue. Esa importancia de la infancia y adolescencia nos la repite una y otra vez; de la misma manera, nos señala que su fondo sentimental se creó en un periodo relativamente breve de su infancia y de su primera juventud. Un espacio que abarcó un par de lustros, desde los diez o doce hasta los veintidós o veintitrés años. Tiempo que para él fue trascendental: las personas, las ideas, las cosas, el aburrimiento... Todo se le quedó esculpido en su cerebro de una forma intensa, áspera y definitiva.

De ese mismo modo recuerdo mi infancia aldeana. Días vividos con la plenitud que ya nunca después volvería a sentir. Tiempo en el que todo era nuevo y mágico, cuando cualquier asunto se percibía con gran intensidad, tanto lo bueno como lo malo. Eso mismo es lo que nos refiere don Pío.

Escuché a un comentarista decir que Baroja odiaba su etapa de infancia y primera juventud en Pamplona. Esto no es cierto en absoluto. Baroja convivió en Pamplona, entre maestros y curas terribles, con compañeros asilvestrados y salvajes, pero en una completa libertad. De ahí que esa etapa de su infancia marcara para siempre el carácter y también la literatura *barojiana*. Don Pío en sus extensas memorias nos dice, con ironía y gracia, que en Pamplona aprendió varias cosas muy importantes y que le sirvieron de mucho el resto de su vida, a saber: a zurrarse a conciencia con sus compañeros, a tirar piedras, a romper farolas y a fumar. Avanzando luego en la vida, afirma Baroja, la sensibilidad se le apagó y se le serenó y, al final, se le embotó; sus sensaciones tomaron el aire de emociones efímeras.



Curso 1881-82. Colegio Huarte. Pío Baroja con el número 1.



Casa de Baroja en la calle Nueva, Foto: R. Bozano.

Encuentro cierto paralelismo entre mi infancia y la de Baroja, quien señaló que era curioso que, habiendo tenido una niñez insignificante, toda la vida se la pasó pensando en ella y que el resto de su existencia le parecía gris y poco animado. A mí siempre me ha ocurrido lo mismo. Casi toda mi vida, fuera de mi infancia y juventud, la veo gris y sin mucho sentido; incluso, a veces, como una existencia equivocada. Una vida no vivida, con excepción de algunas pequeñas ráfagas. Monotonía que lo enfanga todo. Días y años vacíos, vanos, insustanciales y rutinarios.

Mi niñez rural y pueblerina también fue trivial, vulgar y anodina, no obstante siempre he sentido una gran nostalgia de aquella infancia y aquella adolescencia. Un anhelo de todo lo que se fue. Los chicos vivíamos a nuestro antojo con una libertad total, sobre todo en aquellos estíos amarillos y abrasadores. El verano era nuestra estación. En aquel paraíso *rusoniano* huíamos de la siesta obligatoria. Bajo el implacable sol de verano, nos bañábamos en el río y andábamos libres y salvajes por el campo ardiente y vacío, sintiendo la vida por cada poro de la piel, como nunca más la sentiría. Quemaba el cielo, ardía la tierra y corríamos entre oleadas de sofocante calor. Los aromas del campo me producían una especie de embriaguez. Como muchos niños, yo era muy sensible a los olores y aún conservo en la memoria los aromas intensos del hinojo salvaje, del agua secándose en mi piel tras el baño en la hondura fría del remanso o del perfume sensual e inquietante de la leche que desprendían las higueras al romperse sus ramas.

Todo estaba rodeado de una magia ancestral: el silencio de las noches llenas de estrellas, las historias de muertos desenterrados que nos contaban en casa o las retumbantes tormentas del verano con ensordecedores truenos y relámpagos apoteósicos. Nunca me recuperé de aquella vida deslumbrante, independiente, rebelde y fantástica. Constreñida a veces por

padres, maestros y curas, pero también, en muchos aspectos, con una absoluta independencia.

La misma libertad de la que gozaba Baroja niño para pasar los días correteando por las murallas; subirse a los árboles del parque de la Taconera, donde, sentado en sus ramas, leía libros de aventuras; o bañándose y navegando en los remansos del río Arga. La época de Pamplona se grabaría de forma indeleble en la mente del escritor y se hallará en el fondo sentimental y la base de muchas de sus novelas y de sus memorias. Baroja recuerda de una forma exacta todo lo vivido entonces: las gentes, las calles, los sitios, las peripecias, las sensaciones, los olores, las lecturas y hasta las canciones que oyó. Para siempre quedarán, en la mente de don Pío, los chicos violentos y brutales de Pamplona, como en la mía se grabaron los compañeros de mi infancia.

La existencia que yo viví en mi niñez también se encontraba dominada por la violencia. Las ovejas se degollaban y luego se colgaban de las patas para desollarlas; lo mismo sucedía con los conejos o las gallinas. Nuestro contacto con los animales era continuo, por lo que nuestra educación sexual se desarrollaba en vivo y en directo. Tanto el espectáculo de los coitos epopéyicos de toros y caballos, como el de los partos de vacas y ovejas, eran el pan nuestro de cada día. En el campo, la fuerza del medio se impone por encima de todos los convencionalismos y es terrible la violencia de esa naturaleza, a pesar de las actuales ideas urbanitas al respecto.

Al Baroja niño se le quedó grabada en su alma la visión de la comitiva del reo que iba a ser ejecutado y que pasó por debajo del balcón de su casa, en la calle Nueva; y todavía más, la imagen del ajusticiado a garrote vil, posando en el cadalso como un muñeco, con la cabeza colgando y uno de sus pies sin zapatilla. Con la curiosidad que mantuvo toda su vida, Pío acudió, por la tarde, a la Vuelta del Castillo a ver a Toribio, que ese era el nombre del pobre ajusticiado.

Firma autógrafa de Pío Baroja.

Nosotros, niños, también estábamos en relación perpetua con la muerte y es chocante la indiferencia con la que contemplaban nuestros padres el contacto continuo con ella en cementerios, velatorios, entierros y, en mi caso, en las extremaunciones a los moribundos, a las que continuamente asistía desde los siete años como monaguillo que era. Incluso veíamos, sin inmutarnos, los cadáveres de niños que fallecían y sus pequeñas cajas blancas que se exponían a la entrada de la iglesia.

Volviendo a su fondo sentimental, Baroja, como me pasa a mí, nos explica que, cuando quiere buscar algo afectivo que vibre con fuerza, tiene que rebañar en los recuerdos de aquella época de lejana turbulencia. Don Pío, como literato, aún concede más importancia a esa época, ya que él opina que ese fondo sentimental, que en uno está unido, como es su caso, a su infancia o a su juventud; en otro, a su país; en otro, a sus amores, a sus estudios o a sus peligros, es lo que forja y da su verdadero carácter al novelista. Lo que le hace ser lo que es como escritor. Como en la persona de don Pío, mi infancia y mi juventud son las que dejaron en mi alma el poso que ha marcado toda mi vida.

Lo mismo que le ocurría a Baroja, a mí siempre me interesaron las personas fantásticas o con carácter. Por eso, en mi memoria se conservan, como le pasó a Baroja, cantidad de personajes de mi infancia, no solo familiares, sino gentes de todo tipo. En aquel tiempo, en los pueblos y ciudades abundaban los individuos con marcada personalidad o desarraigados y pintorescos. No todo el mundo vivía uniformado como ahora lo hacemos, adoc-trinados por los medios de comunicación y la publicidad. La Pamplona de aquellos años estaba repleta de personajes curiosos y excéntricos que a Baroja niño le impresionaron muchísimo.

El barbero de la calle Curia, al que los chicos enfadaban dándole golpes en la bacía dorada que tenía como muestra. Cuando cogía a alguno, el barbero se hartaba de darle puntapiés hasta cansarse. El señor que a la puerta de su establecimiento hacía pirámides de pelotas. Los chicos se las tiraban y el hombre, sin inmutarse, volvía a reconstruir la pirámide.

Esta pasividad enfurecía a la cuadrilla. La estanquera de los lunares, siempre firteando con algún militar y a la que los chicos, asomándose a su establecimiento, gritaban alguna procacidad.

La "Chaleca", mujer estrafalaria, que se ponía una almohada bajo la falda fingiendo un embarazo. El hombre mayor que daba caramelos a los chicos. La Pepita, una pobre borracha con un pote siempre en sus manos, de la que los chicos aseguraban que en él llevaba vitriolo para echárselo en la cara al que se metiera con ella. Gonzalón, el cabo de municipales, terror de las pandillas de muchachos. El sastre "Viva el Amor". El médico Pérez, hinchado y vanidoso, que paseaba bajo los arcos de la plaza del Castillo haciendo crujir sus botas.

Un compañero de colegio, el Maca, ser diabólico que metía lagartijas en la campanilla de la mesa del profesor, ponía alfileres en los bancos, llevaba perros a la clase...El pobre chico roncalés, ingenuo y tacaño, al que embromaban de forma inmisericorde. Otro compañero con afán destructivo, que, al final, acabó tirándose desde las murallas. Pío lo vio muerto en el suelo, descoyuntado y parcialmente tapado con un saco.

A todos ellos los recordará en sus novelas y en sus memorias. 



Retrato de Pío Baroja, realizado por Ramón Casas (c. 1904).

